

La hora decisiva

José Guerra

Este artículo no trata directamente sobre asuntos económicos, como está definido este espacio en este diario, sino que más bien se centra en un aspecto fundamental que va a definir la vida republicana de Venezuela al tener que escoger los venezolanos entre un proyecto de reforma constitucional que intenta establecer un nuevo régimen socio político etiquetado socialismo del siglo XXI y cuyos atributos han venido siendo delineados gradual pero sostenidamente por el presidente Hugo Chávez. No se trata de un tipo de socialismo que concite algún interés intelectual o cierta curiosidad por indagar de qué se trata. Tras haber analizado cuidadosamente lo que dice, hace y dice que va a hacer Hugo Chávez, he llegado a la conclusión de que se trata del mismo esquema socialista del siglo XX aplicado en el siglo XXI. De verdad no hay nada nuevo que entusiasme, es una reiteración que se ancla en el pasado del socialismo real.

Hugo Chávez encarnó un cambio político que el país comenzó a reclamar con fuerza desde comienzo de los años noventa, harto como estaba de la corrupción, la impunidad y del deterioro de su nivel de vida. Ello produjo el desgaste de los partidos AD y COPEI y ese vacío lo llenó Chávez. Pero ha ido más allá del endoso de cambio que el centro político le otorgó y a parte de liquidar al bipartidismo ahora plantea en la constitución el carácter socialista de Venezuela, posición que rechaza más del 70% de la población, según mediciones confiables. Y la desconfianza acerca del socialismo proviene del hecho de que ciertamente su experimento en la antigua Unión Soviética, Europa del Este y más cercano a nosotros, en Cuba, ha sido un total y absoluta fracaso. Al no distanciarse de manera clara sino abrazar al modelo cubano, el rechazo era de esperarse. A pesar de que oportunamente Chávez identifique misiones y el reparto de dinero con socialismo, éste concepto no cala en las creencias del venezolano. La radiografía es demasiado nítida para dar lugar a equívocos: la práctica del gobierno en Venezuela reproduce las taras de los episodios del socialismo que realmente existió, no las utopías gaseosas que solamente en las mentes se fraguaron un mundo mejor y que increíblemente algunos todavía lo creen posible.

La esencia del proyecto venezolano de socialismo es la presencia absoluta del Estado en la sociedad y en particular su dominio sobre la economía nacional. Se trata de un Estado que está absorbiendo todos los espacios y que al hacerlo acosa y hostiliza al sector privado en una estrategia de concentración en una sola mano del poder

económico y del poder político. Cada vez que estos dos poderes se funden en uno solo el resultado ha sido una tiranía y con mayor razón en Venezuela donde la fuerza económica del sector público es tan determinante. Ello ha conducido a la formación de una trinidad indisoluble entre el Estado, el gobierno y el partido, que actúan al unísono. Tanto que la consigna “patria, socialismo o muerte”, es el emblema al, mismo tiempo del Estado, el gobierno y el partido en el gobierno. En un sistema democrático es clara la línea que demarca los asuntos del Estado y los del partido que ejerce el mando gubernamental. En Venezuela ello no es posible toda vez que quienes dirigen al partido son el jefe del Estado, los ministros y demás funcionarios, que sin separarse de sus cargos utilizan descaradamente fondos públicos para sus actividades.

Similarmente, la ideología del partido intenta ser la del Estado, la cual quiere instalarse como pensamiento único en el sistema educativo y más ampliamente en todo lo que concierne a la cultura, todo ello disfrazado con un término en si mismo contradictorio, “el socialismo bolivariano”, una especie de sancocho ideológico cuyos ingredientes, el marxismo y el bolivarianismo, son irreconciliables, por más esfuerzos que se hagan para juntarlos. A ello hay que añadir, la conformación de una especie de partido único del Estado, del cual fueron execrados quienes sencillamente expusieron que seguían apoyando al presidente pero desde sus propias organizaciones políticas. Si lo anterior es insuficiente para delinear el modelo de socialismo del siglo XXI, agréguese el culto a la personalidad a la figura del presidente Chávez en una especie de alienación colectiva, donde la propaganda oficial deifica una figura y convierte a sus seguidores en siervos, al peor estilo de la adoración a Stalin y en Venezuela a Guzmán Blanco y a Cipriano Castro con sus famosos felicitadotes, personajes vergonzosos de la picaresca política de Venezuela de comienzos del siglo XX. Todo esto conforma el experimento que ahora se forja en Venezuela con el ropaje de la participación y popular. En manos de nosotros está el destino de Venezuela, no dejemos pasar esta oportunidad.